

como en el reinado de su padre, y que hemos mencionado en la descripción del palacio de Persépolis.

Las criptas de Persépolis no llevan inscripciones fuera de la de Darío; el sepulcro de Jerjes será tal vez el tercero de Nakchi-Rustan.

Conocemos también la inscripción de la sierra de Alvand, cerca de Ecbatana. Otra inscripción de Jerjes se encuentra en Van, á 60 piés sobre la llanura, en la roca del castillo, donde se alza perpendicularmente. Después de la introducción de costumbre, dice: «Habla Jsayarsa el rey: Darayava que fué mi padre, hizo por la gracia de Ahuramazda muchas cosas bellas y mandó labrar este lugar, pero no esculpir la inscripción: yo la mandé hacer. Ahuramazda y los dioses me protejan á mí, á mi reino y todo lo que he hecho.» También poseemos un jarrón de alabastro con el nombre de Jerjes en caracteres cuneiformes y con jeroglíficos.

Durante el reinado de Jerjes llegó la magnificencia de la corte real á su apogeo.

Las joyas que adornaban al rey eran valuadas por los griegos en 12,000 talentos, cantidad que no encontraremos ciertamente exagerada si leemos lo que cuenta sir Robert Ker Porter del Shah y de la magnificencia de su ornato. Véanse sus palabras: «El Shah se presentó rutilante de joyas cuyo brillo ofuscaba literalmente la vista. Las varias piezas de su traje eran las siguientes: una tiara alta y triple, sembrada espesísimamente de diamantes, perlas, rubíes y esmeraldas, colocadas con profusión, cubría su cabeza, produciendo juegos de luz y de colores hermosísimos. Varias plumas negras como las de garza real alternaban con los magníficos ramilletes de diamantes: en esta diadema verdaderamente imperial, las puntas de las plumas estaban adornadas de perlas en forma de peras y de un tamaño extraordinario. Su vestido era de tela de oro; cubierto en su mayor parte con adornos de piedras preciosas y de perlas iguales á las de la tiara; una doble cadena de perlas, quizás las mayores del mundo, ceñía el cuello, pero nada igualaba á los anchos brazaletes y al cinturón, que á la luz del sol resplandecían como fuego. El brazalete derecho era conocido con el nombre de «montaña de luz» (Cohi Nur), el izquierdo con el de «mar de luz» (Daryai Nur). Estos diamantes habían pasado al tesoro de la corona persa por la rapacidad de Nadir Shah, cuando arrojó de Delhi á Mahomet-Shah, undécimo emperador de la dinastía mogola, é incorporó sus estados á la Persia.»

La vida matrimonial del Shah era en la antigüedad lo que es hoy. El clima y las circunstancias particulares de las mujeres orientales han sido en todas partes del Oriente causa de la poligamia, bien que la monogamia es más común, porque solamente los hombres ricos pueden satisfacer los gastos que causa la manutención de un harem. Los atractivos de las mujeres duran raras veces más de 8 á 10 años, y estas casi nunca poseen cualidades de corazón que puedan encadenar al hombre. La beldad hoy resplandeciente, encantadora, risueña y llena de lánguidas miradas, se vuelve mañana flaca, marchita, arrugada; en fin, una mujer fea en todos conceptos. La corta primavera de su hermosura empieza á los once ó doce años, y acaba luego, pasados los veinte: entonces cada año trae una nueva arruga, hasta que la que poco antes era «la luz del harem» queda oscurecida. Si bien esta mujer está todavía llena de ideas románticas, cuyo tema principal es el amor y cuya relación es escuchada por todas con ávida atención, dudo mucho que en su pecho se abrigue ya tal sentimiento. La hermosura del cuerpo puede despertar una pasión pasajera, vehemente, y tanto más fuerte tal vez, cuanto menos prendas morales posea la mujer, pero estas últimas, estas grandes cualidades del corazón,

serán siempre necesarias para transformar el capricho momentáneo en aquellos sentimientos tiernos que forman los vínculos más caros y más duraderos de nuestra vida. En el Oriente no existe esto, no hay recuerdos de ternura que sobrevivan al hastío que sentimos al lado de un sér, que por corto tiempo formó nuestra dicha. Una mujer sigue á la otra en el favor de su amo, y éste se cuida tan poco de ellas, ya antes, ya después, como se cuida de una rosa que ve florecer y después marchitarse desde su ventana.

Un harem bien organizado, como el del Shah, comprende esposas, concubinas y esclavas: los hijos de unas y otras son considerados legítimos, pero una de las esposas, la reina, madre del heredero, ocupa el primer puesto, y en tiempos más remotos, todas las otras estaban obligadas á adorarla; llevaba una diadema y un vestido de púrpura, como distintivo de su dignidad, y recibía las rentas de ciertas ciudades para sus gastos particulares. El servicio en el harem corre á cargo de esclavas y de camareros ó eunucos á las órdenes de un eunuco superior, como sucedía ya en Asiria; y el harem del soberano queda cerrado á toda mirada profana. El libro de Ester refiere, tal vez con exageración, que las jóvenes destinadas á ingresar en el harem no podían serle presentadas sino un año después de su entrada en el mismo. Este primer año se dedicaba al cuidado de su cuerpo, que frotaban con ungüentos y aceites de mirto, rociaban con aromas y pintaban con afeites. La mujer representada en la historia del mundo un papel más importante de lo que por lo común se cree; y el harem de los Aqueménides posteriores era, no solamente el teatro de intrigas amorosas y de celos, sino también el punto de partida de hechos políticos y aun de crímenes.

La mesa del rey se había hecho proverbial por la magnificencia de la vajilla y por lo exquisito de sus manjares.

Diariamente se sacrificaba un sinnúmero de animales de toda clase, y el pecado de matar un sér viviente se conciliaba consagrando una parte del cuerpo á la deidad, porque el rey costeara no solamente su manutención propia y la de sus mujeres y servidumbre, sino que también la de los guardias de corps y los funcionarios de la corte. Los gastrónomos persas habían inventado ya en época lejana los postres, que constituyen, satisfecho el apetito, el verdadero goce gastronómico, es decir el uso de frutas, dulces, sorbetes, helados, etc.

Los griegos cuentan toda clase de anécdotas para evidenciar la superioridad de la mesa persa sobre la griega, resultando entre ambas la misma diferencia que hay entre una comida en el restaurant de los Hermanos Provenzales de París y una en la fonda de una pequeña villa alemana. El rey de Persia recompensaba los progresos culinarios, del mismo modo que los méritos adquiridos en otros ramos, que nos parecen á nosotros más importantes.

Los comestibles para la real mesa se traían de los sitios donde se producían mejor; el agua, aun cuando el rey viajaba, había de ser siempre del Joaspes (el Kerja en Susiana); el trigo era del Egipto y de Assos en la costa misia; el vino de Calibon (Alepo). Un autor nos ha transmitido una lista de los platos de esta opípara mesa, que dicen encontró Alejandro grabada en una columna de bronce en Persépolis. En ella nos da noticias detalladas de asados y legumbres, puches y salsas, especias y aceites.

Entonces, como ahora, no conocían los persas ni cuchillo, ni tenedor, ni cuchara; bebían en vasos y tazas; los manjares sólidos se cortaban en pequeños pedazos antes de ser presentados en la mesa, y tanto estos como los pilafes los comían sirviéndose con mucha gracia de los dedos y de rebanadas delgadas de pan, de suerte que los dedos no tocaban los labios. Antes y después de comer se presentaban jofainas para

lavarse las manos. Tampoco faltaba la armonía musical en la mesa persa, y se cuenta de Anaros, sátrapa de Babilonia, que cuando comía, cantaban 150 mujeres acompañándose del arpa.

El hijo de Jerjes, Artajerjes Longimano, buen hombre, pero sin voluntad propia; y gobernado por su madre y su hermana Amitis, mujeres de carácter frívolo, escaló el trono pasando sobre el cadáver de su hermano Darío, á quien el asesino Artabano había acusado de haber dado muerte á su padre, por lo que Artajerjes mandó matar á Darío. Logrado esto trató Artabano de quitar la vida á Artajerjes á fin de ocupar su puesto. Megabizo, hijo de Zopiro y esposo de Amitis, hermana del rey, se separó de su esposa porque la vida que llevaba la hacía merecedora de su desprecio. Siendo esto causa de disensiones entre él y la familia real, creyó Artabano esta coyuntura propicia para encontrar en Megabizo un cómplice para la ejecución de sus planes; pero este le delató al rey y Artabano fué muerto junto con sus compañeros, y el verdadero asesino de Jerjes, Mitridates, fué condenado á morir en las «artesanías» suplicio horrible ya descrito al tratar de la administración de justicia en tiempo de Darío. Las tentativas para vengar la muerte de su padre, costaron también la vida á los hijos de Artabano.

Al principio de este reinado hubo las revueltas de costumbre. La Bactriana, gobernada por Histaspes, hermano del rey, fué reducida á la obediencia después de dos batallas. Inaros, príncipe de Libia é hijo de Psamético, promovió un levantamiento contra el sátrapa del Egipto, Aquemenes. Los persas fueron derrotados cerca de Papremis en el Delta, é Inaros mató al sátrapa. Rechazados los persas hacia Menfis, subió una escuadra ateniense por el Nilo, y puso en fuga á la persa, quedando el campo libre para disponer el sitio del castillo blanco de Menfis que los persas defendieron más de un año. Megabizo, entonces sátrapa de Siria, acudió con un gran ejército; Artabazo, sátrapa de Cilicia, subió el Nilo con buques fenicios cuya construcción había exigido un año; y ambos ejércitos reunidos derrotaron á los egipcios y libertaron el castillo de Menfis.

Los atenienses fueron cercados en la isla de Prosopitis, formada por dos brazos del Nilo; los persas desecaron uno y muy pocos escaparon á Cirene.

Inaros, á pesar de haberle prometido Megabizo respetar su vida, fué crucificado (455).

Atenas, enemiga jurada de los persas, no se desanimó y armó una escuadra para arrebatar á los persas la isla de Chipre, punto de apoyo importantísimo para sus empresas marítimas.

Aunque los atenienses hubieron de levantar el sitio de Cition, consiguieron sin embargo después de una victoria obtenida sobre la escuadra fenicia y cilicia, desembarcar sus tropas en la isla y derrotar luego un ejército persa en Fenicia; pero en el fondo no alcanzó ninguno de los dos beligerantes un resultado importante, y cesaron las hostilidades; las escuadras persas no se atrevían á acercarse á la rada de Faselis en Licia y permanecieron en las aguas de Cilicia y Panfilia; las ciudades jónicas continuaron figurando en las listas de los tributarios persas, pero los sátrapas no lograron cobrarles el tributo, y en vista de que el sátrapa de Lidia no podía posteriormente en 412, construir buques en las radas jónicas, resulta que la costa anatólica era positivamente libre. Por lo demás, se había abandonado la idea de las conquistas en territorio persa, atendido que bastaba á los estados mercantiles con la libertad de sus mares, que debía reportarles más ganancias que conquistas lejanas é imposibles de sostener.

Peligrosa era la sublevación del sátrapa Megabizo que ya por dos veces salvara la vida al rey; la una, cuando la cons-

piración de Artabano, y la otra en la caza, cuando mató un león que iba á precipitarse sobre Artajerjes. Estaba irritado porque á solicitud de Amestris habían ejecutado á Inaros, á quien había prometido la vida. Esta sublevación marchó tan bien para el sátrapa, que el rey se vió obligado á entablar formalmente negociaciones de paz. Es extraño que Artajerjes no se valiera en este caso, del medio radical tan usual, el puñal ó el veneno, para evitar negociaciones que socavaban directamente la majestad real. En algunas otras partes hubo conatos de rebelión, como en Samos, Caunos y Licia, pero todo se arregló satisfactoriamente y Artajerjes tuvo hasta la satisfacción de ver inutilizada á su principal enemiga, Atenas, por haber estallado la guerra del Peloponeso. El mérito principal de Artajerjes consistió en haber restablecido en todo el imperio el orden público, y la hacienda, muy apurada con las guerras de Jerjes, y haber cortado también muchos abusos.

Nada se sabe en cuanto á monumentos del arte del tiempo de Artajerjes. Solamente un vaso de pórfido, de color ceniciento, que se encuentra en San Marcos de Venecia, lleva las palabras «Ardajchasha, el rey supremo,» en caracteres cuneiformes persas, medos y babilonios y en jeroglíficos.

Al largo reinado de Artajerjes siguió el de su único heredero legítimo, Jerjes, hijo de Damaspia, y que solo duró 45 días. Fué asesinado en un festín por su hermanastro Sogdiano, hijo de la babilonia Alogune. Este hombre no se contentó con este asesinato, pues al subir al trono añadió otro. Tenía odio á Bagorazos, servidor fiel de Artajerjes. Este Bagorazos estaba encargado de trasladar los cadáveres de Artajerjes y de su esposa Damaspia, muerta el mismo día que él, desde Susa á la sepultura real, cerca de Persépolis, y hecho esto regresó á la corte. Sogdiano le acusó de haber abandonado sin permiso el cadáver de su padre, por cuyo hecho le hizo lapidar. Ambos crímenes le hicieron odioso, y él mismo comprendió que no estaba seguro, sobre todo respecto á sus hermanastros. Mandó á uno de estos, Oco, hijo de la babilonia Cosmartidene, sátrapa de Hircania, que se presentara inmediatamente en la corte. Titubeó éste, pero apareció después con un ejército, y varios magnates persas se pasaron á él. Sogdiano fué preso y ahogado en ceniza ardiente. Oco tomó con el título de rey el nombre de Darío; pero los griegos le llamaron Noto, que significa bastardo.

El reino, cuyo gobierno no era para manos débiles, muy pronto fué no más que un campo de revoluciones imposibles de dominar con medidas legales.

Un hermano de Darío, Arsites, auxiliado por los griegos mercenarios y por Artifios, hijo de Megabizo, se sublevó, pero sus tropas fueron desarmadas y Artifios hecho prisionero. Parisatis, hermanastra y esposa de Darío, aconsejó á este que le perdonase en apariencia hasta que Arsites cayera también en su poder. Logrado esto, fueron echados uno y otro en ceniza ardiente, cabiendo el mismo castigo á Pisutines, sátrapa de Lidia, á quien el astuto Tisafernes había logrado aislar, sobornando al jefe de los mercenarios atenienses para que abandonase la causa del sátrapa. El hecho de haber concedido á este tráfuga las rentas de algunas ciudades, demuestra cuánto había ya menguado el sentimiento del honor. Un hijo del desgraciado sátrapa Amorges, se sostuvo en Yasco en Caria, situado en la costa del Oeste de Milasa, hasta el año 412, sin que los persas pudieran nada contra él, hasta que los peloponesios consiguieron hacerle prisionero, entregándolo luego á Tisafernes. Las relaciones entre la Persia y Grecia eran favorables á aquella. La guerra del Peloponeso había puesto enfrente unos helenos contra otros. Las ciudades de la costa del Asia Menor pagaban contribución al sátrapa Tisafernes de Lidia y á Farnabazos, que lo era en los países del Helesponto, dos políticos muy diestros; y la astu-

cia persa logró con el auxilio del oro sostener el imperio, dividiendo á los griegos con discordias interiores, é impidiendo la excesiva preponderancia de un estado sobre los demás y la consiguiente concentracion de sus fuerzas contra el Asia.

En el último período del reinado de Darío, perdió la Persia el Egipto, donde volvió á erigirse el trono de los farao-

nes. Durante el gobierno de Darío menguó mucho el poder real: mujeres y cortesanos inspiraban no pocas veces las resoluciones del rey. Los sátrapas unieron á su poder administrativo el mando militar y legaron su dignidad á sus hijos; la traicion y el dinero mandaban como soberanos y alcanzaban lo que antes únicamente las armas podían obtener. Darío murió en Babilonia en 404.

CAPITULO V

ARTAJERJES II MNEMON, 404-361; ARTAJERJES III OCO, 361-336

Rebelion de Ciro el menor. — Batalla de Cunaxa. — Retirada de los diez mil. — Política de Artajerjes II. — La reina Parisatis. — Su ferocidad. — Muerte de Artajerjes II y elevacion de Artajerjes Oco. — Sus crueldades y tiranía. — Muere envenenado

Entre los hijos de Darío era el mayor *Arsaces* que reinó con el nombre de Artajerjes; *Ciro*, sin embargo, era el mas enérgico, mas capaz y de mas ingenio. Darío le habia nombrado su lugarteniente general en el Asia Menor, donde favorecia, al revés de la política de los sátrapas, á Esparta, cuyo auxilio convenia á sus planes, y en general intervenia mucho en las contiendas de los griegos. Parisatis deseaba que sucediese á su esposo, pero Darío nombró heredero á Artajerjes. Cuando este fué consagrado rey, segun antigua costumbre, en el templo de Pasargada, poniéndose el vestido de Ciro el Grande, comiendo los higos secos, hojas de terebinto y bebiendo una mezcla de vinagre y leche como recuerdo de la comida sencilla de los antiguos persas, conforme prescribia el ceremonial, propalóse repentinamente la voz de que Ciro tenia la intencion de matarle en aquel mismo momento, pues que se hallaba en la corte donde habia sido llamado por su padre poco antes de morir para sincerarse de la muerte de dos persas. Fué aprisionado y solo debió á la influencia de su madre que no fuese ejecutado. Volvió al Asia Menor con el propósito de conquistar para sí el reino de su padre, designio difícil de realizar, no contando mas que con su capacidad, y faltándole el apoyo de los persas que estaban contentos con el buen régimen de su hermano y el favor de los habitantes de una provincia á la cual se proponia devolver su libertad. Apenas Artajerjes habia subido al trono cuando concluyó un drama de asesinatos que habia empezado en tiempo de su padre, y que arroja una triste luz sobre la familia real. La reina Estatira, hija de Hidarnes, descendiente del compañero de Darío I, tenia un hermano llamado Teritujmes, casado con Amestris, hija de Darío II y hermana del rey. Otra hermana de Teritujmes, llamada Roxana, era tan hermosa como Estatira y muy práctica en tirar el arco y arrojar la lanza. Su hermano se enamoró de ella y para poseerla trató de deshacerse de su mujer Amestris. El rey lo supo y mandó asesinar á su cuñado por su amigo Udiastes. Mitrídates, hijo de Udiastes, gran partidario de Teritujmes, se sublevó contra su padre, que habia recibido la satrapía del asesinado, en pago de su crimen, y se apoderó de la ciudad de Zaris para entregarla al hijo del difunto Teritujmes.

Darío II sofocó esta rebelion. Parisatis, no contenta con haber vengado el agravio de su hija con la muerte de Teritujmes, sació su venganza haciendo enterrar vivos á su madre, sus dos hermanos y dos de sus hermanas y hacer cortar á Roxana en pedazos. Estatira escapó de esta matanza general gracias á Artajerjes que se echó á los piés de su madre, suplicándola la perdonase la vida. Pues bien, cuando Esta-

tira hubo llegado á ser reina mandó arrancar la lengua á Udiastes y martirizarlo hasta que espiró pasando la satrapía á su hijo Mitrídates.

Mucho convenia á Ciro tener los preparativos de su empresa secretos, lo que logró en un todo. Tisafernes que le vigilaba no vió, cuando Ciro, al interpretar las instrucciones que el rey les habia mandado, encontró motivos de desavenencias, que los preparativos de guerra que hacia Ciro no iban dirigidos á enderezar las tales desavenencias. Jefes griegos de su confianza estaban encargados de enganchar tropas que iba empleando entre tanto con disimulo en pequeñas expediciones, y finalmente pretextó que iba á castigar á los pisidios de Tauros, y solo cuando se dirigió á aquel país con un ejército de griegos mercenarios, abrió Tisafernes los ojos y pudo participar al rey tan gran peligro. Ciro concentró sus fuerzas que consistian en casi 100,000 persas y 13,000 griegos mercenarios en la ciudad de su residencia Celene, en la Frigia, donde su bisabuelo habia construido un palacio, y se dirigió á marchas forzadas al Asia. En Caistrupedio le trajo la esposa de Cienesis de Cilicia un socorro en dinero, asegurándole tambien del apoyo de su esposo. Continuó su marcha por la Cilicia y los desfiladeros sirios hasta Barbaliso, junto al Eufrates. En Tapsaco pasó el ejército el rio y llegó hasta el territorio de Babilonia. El general persa Abrocomas habia evitado encontrarse con Ciro, probablemente por traicion, puesto que no de otro modo cabe explicarse porqué no defendió los desfiladeros dificultosísimos al pasar aquel de la Cilicia á la Siria. Artajerjes marchó de Babilonia al encuentro de su hermano. Al principio no se vió mas que alguna caballería empleada probablemente en devastar los sembrados, para cortar al ejército enemigo las provisiones. Un canal de defensa estaba tambien sin guardar, y sin concluir hasta el Eufrates, de manera que Ciro pudo avanzar entre ambas aguas.

El ejército de Ciro desistió de avanzar en órden de batalla. De repente viene un explorador y anuncia la llegada del ejército real. Algunas horas tardó Ciro en formar su ejército: el ala derecha apoyada en el Eufrates, se componia de mil jinetes paflagonios; á ellos se unian 2,500 griegos ligeramente armados y la falange pesada griega compuesta de doce mil soldados al mando de Clearco, Proxeno y Menon. Vinieron despues la infantería lidia y frigia, y finalmente en el ala izquierda 1,000 jinetes. Arieos mandaba á los asiáticos. Ciro rodeado de 600 guardias de á caballo, estaba en medio de su ejército; al frente iban veinte carros de hoces. El ejército real tenia una línea de batalla mucho mas extensa que la de Ciro. En frente de los helenos, en el ala izquierda,

marchaban los jinetes acorazados al mando de Tisafernes; venian en seguida la infantería ligera, los egipcios fuertemente armados, nuevos cuerpos de caballería y otra fuerza de infantería ligera, dispuestas por nacionalidades. En el centro iba Gobrias y tambien el rey en medio de sus seis mil guardias de á caballo á las órdenes de Artagerses, y cincuenta mil combatientes escogidos. El ala derecha mandábala Arbares; mas adelante de la línea de batalla marchaban 150 carros cuyas lanzas y ruedas estaban armadas de hoces.

Ciro mandó á Clearco que dirigiera sus griegos contra el centro del enemigo, pero aquel, que estaba protegido por el Eufrates, temió ser atacado por el flanco y desobedeció la órden. En esta batalla de Cunaxa cumplieron los carros de hoces de los persas muy mal con su deber, porque al avanzar los griegos cantando bajaron los persas de sus carros y empezaron á huir; los caballos volvieron grupas y destrozaron á los que huían, mientras que los soldados que avanzaban no recibian ningun daño, porque abrian sus filas y los dejaban pasar. El ala izquierda de los persas fué completamente derrotada; la fila de las tropas ligeras griegas fué rota por la caballería que penetró en el campamento enemigo.

En esto observa Ciro que el ala derecha de los persas, mucho mas larga que su línea de batalla, hacia un movimiento para rodearle, y á fin de impedirlo, ataca atrevidamente en persona con su caballería el centro y mata á Artagerses de una lanzada en el cuello. Arieo toca al rey pero sin herirle, mas la azagaya de Ciro penetra en el pecho de Artajerjes, que cae herido del caballo y es llevado fuera del sitio de la pelea. Al ir Ciro avanzando siempre le cae la tiara de la cabeza, y un jóven persa, Mitrídates, le hiere en la sien; cae, y su caballo con la silla ensangrentada se escapa; la caballería del rey avanza á escape y deja al caido rodeado solo de unos pocos eunuocos. Entre tanto se ha realizado el movimiento envolvente de los persas y Arieo queda rechazado hasta el campamento de la noche anterior. Tisafernes encargándose del mando del centro llega hasta el campamento de Ciro, y entonces marchan los persas en persecucion de los griegos avanzados, pero estos salen otra vez victoriosos y obligan al enemigo á retroceder. Los eunuocos arrastran con trabajo á Ciro herido cuando aciertan á pasar algunos carios, hombres del bagaje de Artajerjes, y uno de ellos hiere al príncipe debajo de la rodilla, lo que le hace caer, y recibiendo un golpe en la sien herida ya, muere. Era ya de noche cuando el rey de Persia recibió la noticia de la muerte de su hermano; á pesar de eso, dirigióse con teas encendidas al lugar donde estaba el cadáver, mandando cortarle la mano derecha y la cabeza. La batalla de Cunaxa (3 setiembre 401) se habia decidido á favor de Artajerjes, aunque en el fondo la habia perdido.

Los griegos tampoco dieron en esta batalla muestra de talento, porque llevaron tan léjos la persecucion, habiendo podido atacar á los persas que estaban en frente de Ciro por el flanco, y esta falta no contribuyó poco á la victoria del rey. La batalla libró á éste de un peligroso pretendiente, pero le reveló al mismo tiempo lo poco que valia el ejército, sosten principal del imperio. Los griegos, á pesar de su reducido número, habian vencido; ni se les persiguió seriamente en su retirada, contentándose con observarles y matarles alguno que otro individuo, por manera que pudieron retirarse desde el Eufrates á Trebisonda sin ser apenas molestados, cuando habria sido fácil á tropas bien dirigidas, sorprender y aniquilar aquella gente que no conocia el país. Esta retirada de los 10,000 griegos, una de las mas memorables en los fastos de la guerra, no tomó la direccion que habia seguido Ciro al ir á Babilonia, sino la de Cunaxa por la muralla Meda hácia el Tigris que atravesaron junto á Sitace (Cheriat-el-Beidha)

sobre un puente de 37 barcos y despues al Fisco (Adhem) en cuya embocadura estaba situada la gran ciudad de Opis.

Desde allí siguieron su marcha á alguna distancia del Tigris, acercándose á este rio en el punto donde está en la otra orilla Cené, un poco al Sur de Cala Chergat, aproximadamente donde está hoy Majulcalat. Para poder pasar el gran Zab buscaron un sitio vadeable rio arriba, y desde allí pasaron por Larisa (Nimrud), Mespila (cerca de Ninive) y el desfiladero cerca de Finik y luego al país de los carducos; atravesando en seguida la Armenia, penetraron en el territorio de los calibes, taocos y fasianos, hasta que finalmente pisaron el territorio griego y llegaron al mar junto á Trebisonda.

La permanencia de un gran número de compatriotas en Persia, tuvo por resultado ilustrar á los griegos sobre muchas cosas que no se perciben desde léjos, pero que una vez vistas bastaban para rectificar muchas ideas que se habian formado respecto de una potencia unitaria, inaccesible, y dirigida desde un centro fijo con principios científicos. Esparta, que habia apoyado á Ciro, no ocultó que lo habia comprendido y emprendió para proteger á las ciudades griegas en Asia una guerra contra los sátrapas de Frigia y Lidia, que tranquilamente miraban cada uno la hoguera que devoraba la provincia del otro, y hasta pagaban para que los dejasen en reposo y molestasen al otro con la guerra. El sátrapa lidio, Tisafernes, que conocia la pericia de los soldados griegos, dió en todas las complicaciones que tuvo con los griegos, muestras de extraordinario talento en el empleo de su política astuta, pero al fin le tocó la suerte comun á todo estadista de Oriente; le hicieron responsable del mal éxito de la batalla de Sardes y su cabeza rodó en el cadalso. Desgraciadamente discordias intestinas detuvieron de nuevo los progresos de los espartanos, y la Grecia ofreció el triste espectáculo de ver el dinero persa que no solamente admitian los enemigos de Esparta, sino que anclaban en el Peloponeso buques persas aliados y en union con los de Atenas.

El resultado de todas estas tramas fué en beneficio del rey. La hábil conducta de los sátrapas y el individualismo político de los griegos, le facilitaron la ocasion de dictar una paz, llamada de Antalcidas (387), que hizo renunciar á aquellos á todo el continente asiático y que creó una multitud de pequeñas repúblicas por declarar independientes de su madre patria las islas y ciudades colonizadas por griegos. Esta medida era la mas eficaz para desbaratar y dividir á su enemigo; de modo que á pesar de las victorias griegas se hallaba en Susa el centro de gravedad de una combinacion y sistema de estados completamente nuevos, y aunque Esparta obtuvo cierta preponderancia sobre los demás estados griegos, no por el sentido literal de las condiciones de paz, sino por la manera con que fueron aplicadas, no dejó de quedar rebajada á la situacion de protegida y dependiente de la Persia.

Artajerjes era el verdadero dueño de la política griega y eso que su gobierno no era benévolo como el de Ciro el menor, porque las contribuciones eran mas onerosas y se construyeron castillos fuertes en las ciudades; la armada persa era de nuevo señora de los mares, y lo mejor para la Persia al paso que era lo peor para los helenos, fué que los persas se hallaban en situacion de reprimir un levantamiento muy grande en Chipre, promovido por Euágoras de Salamis, hombre de mucho talento, que deseaba ardientemente sustituir en esta isla los elementos asiáticos con los helénicos. Chipre tenia la mayor importancia para el dueño de los mares; si la isla quedaba dividida en diez pequeños principados era fácil sostener el protectorado persa; pero no hubiera sucedido así si Euágoras hubiese logrado establecer una soberanía griega única en toda la isla. Euágoras habia sabido interesar en su